

SALVADOR RUEDA (1857 – 1933)

COPLAS

1

Como el almendro florido
has de ser con los rigores,
si un rudo golpe recibes
suelta una lluvia de flores.

2

Antes que el sepulturero
haya cerrado mi caja,
echa sobre el cuerpo mío
tu mantilla sevillana.

3

Tiro un cristal contra el suelo
y se rompe en mil cristales,
quiero borrarle del pecho
y te miro en todas partes.

4

Sobre su negro ataúd
daban las gotas del agua,
¡qué lejos el cementerio
y qué noche tan amarga!

5

A las puertas de la muerte
sentado habré de aguardarte;
no faltarás a la cita,
allí te espero, ya sabes.

6

Allá en el fondo del río
cuando nada turba el agua,
palpita de las estrellas
el hormiguero de plata.

7

Aprovecha tus abriles
y ama al hombre que te quiera,
mira que el invierno es largo
y corta la primavera.

8

Para alcanzar las estrellas
sonda el cisne la laguna;
en el mar de los amores
yo soy cisne y tú eres luna.

9

A la luz de tu mirada
despido mis penas todas,
como a la luz de los astros
la hoja despide la sombra.

10

No soy dueño de mí mismo
ni voy donde a mí me agrada,
atado llevo el deseo
al hilo de tu mirada.

11

Parecía la amapola
que ayer vi en el cementerio,
sus rojos labios que ansiaban
darme los últimos besos.

12

Cuando eche mi cuerpo flores
sólo una cosa te pido,
que las pongas en el pecho
donde no pude estar vivo.

13

Mira qué triste está el cielo,
mira qué sendas tan solas,
mira con cuánta amargura
se van quejando las hojas.

14

Para mirar qué es la vida,
cuando estoy en mi aposento
con un fósforo señalo
la forma de un esqueleto.

15

La campiña cuando sales
se inunda de luz alegre,
y las hojas de las ramas
baten las palmas al verte.

16

De dos montañas distintas
corren al mar dos arroyos,
y en el camino se juntan
para no caminar solos.

17

Tengo los ojos rendidos
de tanto mirar tu cara,
si los cierro, no es que duermen,

es tan sólo que descansan.

18

Tus ojos son un delito
negro como las tinieblas,
y tienes para ocultarlo
bosque de pestañas negras.

19

De aquella peña más dura
sale el manantial alegre,
de un pecho con ser humano
no sale el cariño siempre.

20

Dentro de una calavera
dejó la lluvia un espejo,
¡y en él a la media noche
se contemplaba un lucero!

21

Para formarle un collar
a tu pecho, dueño mío,
voy buscando por las ramas
los diamantes del rocío.

22

Fuera entre todas las cosas
por abrazarte temblando,
enredadera florida
de tu cuerpo de alabastro.

23

Rayito fuera de luna
para entrar por tu ventana,
subir después por tu lecho
y platearte la cara.

24

Cuando me esté retratando
en tus pupilas de fuego,
cierra de pronto los ojos
por ver si me coges dentro.

25

Dos velas tengo encendidas
en el altar de mi alma,
y en él adoro a una virgen
que tiene tu misma cara.

26

Cuando me envuelvo en el rayo
de tus pupilas siniestras,
como terrible martillo
toda mi sangre golpea.

27

Creyendo darlo en tu boca
he dado en el aire un beso,
y el beso ha culebreado
como una chispa de fuego.

28

Divididas en manojos
están tus negras pestañas,
y cuando la luz las besa
no he visto sombras más largas.

29

Si quieres darme la muerte
tira donde más te agrade,
pero no en el corazón
porque allí llevo tu imagen.

30

Viviendo como tú vives
enfrente del cementerio,
qué te importa ver pasar
un cadáver más o menos.

31

Una lápida en su pecho
pone al amar la mujer,
que en letras de luto dice:
«muerta, menos para él».

32

A saludar a su amada
voló un dulce rruiseñor,
vio otro pájaro en su nido
y de repente murió.

33

El día de conocerte,
mira qué casualidad,
tu nombre estuve escribiendo
en la escarcha de un cristal.

34

En el altar de tu reja
digo una misa de amor,
tú eres la virgen divina
y el sacerdote soy yo.

35

Yo no sé qué me sucede
desde que te di mi alma,
que cualquier senda que tomo
me ha de llevar a tu casa.

36

Sobre la almohada
donde duermo a solas,
¡cuántas cosas te he dicho al oído
sin que tú las oigas!

37

Cuando el claro día

llama a mis cristales,
desvelado me encuentra en la sombra
trazando tu imagen.

38

Hay en tu mirada
yo no sé qué cosa,
que en mis fibras penetra y penetra
como espada sorda.

39

Creyendo en mis sueños
poder abrazarte,
¡qué de veces, mi bien, he oprimido
las ondas del aire!

40

Jugara la vida
gozando en perderla,
si a las cartas les dieran su sombra
tus pestañas negras.

41

El acento dulce
de tu voz amada,
me parece una ola de llanto
que besa las playas.

42

Cada vez que a verte voy
en tu puerta me detengo,
pues temo que la alegría
me trastorne el pensamiento.

43

Sólo le pido al Eterno
que al despuntar cada día,
las sombras de nuestros cuerpos
sorprenda la luz unidas.

44

Si fuera rayo de luna
por tus ojos penetrara,
y en silencio alumbraría
el sagrario de tu alma.

45

Quisiera tener un rizo
de tu oscura cabellera,
para gastarme los ojos
en sólo mirar sus hebras.

46

Ya viene la primavera,
ya los pájaros se hermanan,
¡cuánto espacio entre nosotros
y cuán cerca nuestras almas!

47

Tu desaire más ligero
pone mi pecho vibrando
como un granillo de arena
hace temblar todo un lago.

48

Antes de yo conocerte
soñaba que me amarías;
¡quién presta oído a los sueños,
quién de los sueños se fía!

49

Cuando muerto esté en la tumba
toca en ella la guitarra,
y verás a mi esqueleto
alzarse para escucharla.

50

Cuando a media noche
los ramajes tiemblan,

el silencio interrumpen y pasan
las almas en pena.

51

Yo hice un castillo en el aire
y a su sombra me senté;
tiró el viento el edificio,
y entre sus ruinas quedé.

52

Tanto los celos me encienden
cuando a cualquier hombre hablas,
que a un impulso de mi aliento
volcaría las montañas.

53

No traigas para mí flores,
inocente primavera,
que las flores que tú traigas
han de estar para mí secas.

54

La Giralda de Sevilla,
del sol poniente alumbrada,
no despide tanta sombra
como tú de las pestañas.

55

La vida es un tren que sale
con carga de sentimientos,
con parada en los amores
y fin en el cementerio.

56

Ciego que va por la calle
en el escollo vacila,
y mi corazón tropieza
en tus dos negras pupilas.

57

Yo besé una calavera
por si era la de mi padre,
y aquel hueso carcomido
lloró lágrimas de sangre.

58

Cuando me miras atenta,
yo no sé lo que me sube
de los pies a la cabeza.

59

Cosa que mucho se mira
se dibuja en la memoria;
no es extraño que en mi alma
se dibuje tu persona.

60

Cuando se apartan tus labios,
me gusta mirar tus dientes
menuditos y apretados.

61

Junto a un nicho solitario
hizo un ruiseñor su nido,
y cuentan que el esqueleto
se sentaba para oírlo.

62

Cuando viene el claro día
a llamar a mis cristales,
entre rayitos de oro
miro que flota tu imagen.

63

¡Qué importa que Abril y Mayo
lleguen derramando aromas,
si han de ver los ojos míos
un puñal en cada rosa!

64

Mira tú si el pensamiento,
llega lejos caminando,
que tengo celos terribles
del tiempo que no te he amado.

65

Entre escuadrón de pestañas
se mueven tus ojos negros,
y cada vez que me miran
parece que dicen: «¡fuego!»

66

De tal modo te confundo
con la que está en la capilla,
que siempre al rezar exclamo:
«¡Dios te salve, amada mía!»

67

Como rayos de luna
son tus miradas,
que acarician y alumbran,
besan, no matan.
Pero en queriendo,
son torrente de rayos,
ascuas y fuego.

68

Tu mirar es tan vago,
que cuando miras,
donde pones se ignora
tus dos pupilas.
Miras de modo,
que sin mirar a nada
lo miras todo.

69

Mar adentro en tus ojos
boga mi anhelo,
buscando en tus entrañas

seguro puerto.

Rota mi barca,
cielo y agua descubro,
¡nunca la playa!

70

De tus pestañas negras
en las corolas,
pétalos las miradas
son, niña hermosa.

¡Quién los regara
con rocío de besos
cada mañana!

71

Debajo de tus finas
largas pestañas,
hay rayos de luz negra
que muerte lanzan.

Cruja el incendio,
y en él chisporrotee
todo mi cuerpo.

72

Por traidores tus ojos
voy a enterrarlos,
no sabes lo que cuesta,
niña, el mirarlos.

Sobre su losa,
he de escribir con besos:
«Aquí reposan.»

73

«Aquí yacen dos ojos,
dirá en tu nicho,
dos ojos tan oscuros
como el delito.

Tú, caminante,
pasa pronto, no sea
que, muertos, maten.

74

Calculo que seiscientas
son tus pestañas,
cada pestaña negra
es una espada.

Cuando las mueves,
con seiscientas espadas,
niña, me hieres.

75

Uno que nunca lloró
y tuvo grandes desgracias,
se enterneció el mejor día
al oír una guitarra.

76

El amor que te profeso
es mata de siemprevivas,
la cultivan mis recuerdos
y la riegan tus sonrisas.

77

Fuera rosa de tu pelo,
arco de vid de tu cara,
verde musgo de tu pie
y yedra de tu garganta.

78

He de preguntarle a Dios
qué abismos ha colocado
entre la sed de mi boca
y la fuente de unos labios.

79

Hay un ser en este mundo

que no entiende que le amo;
forman su nombre ocho letras
y no puedo pronunciarlo.

80

Yo le pregunté a una tumba
qué fue de mi amor primero,
y un ciprés me señaló
a las alturas del cielo.

81

Cuando ¡adiós! digas al mundo
pondré un rosal en tu fosa,
y te arrancaré a la muerte
hecha manojos de rosas.

82

He de mandar que me entierren
donde alegres niños vayan,
y donde una fuente pura
vierta sus ondas de plata;

83

Vierta sus ondas alegres,
y en derredor de las aguas,
haya flores de Galicia
y rosales de mi patria.